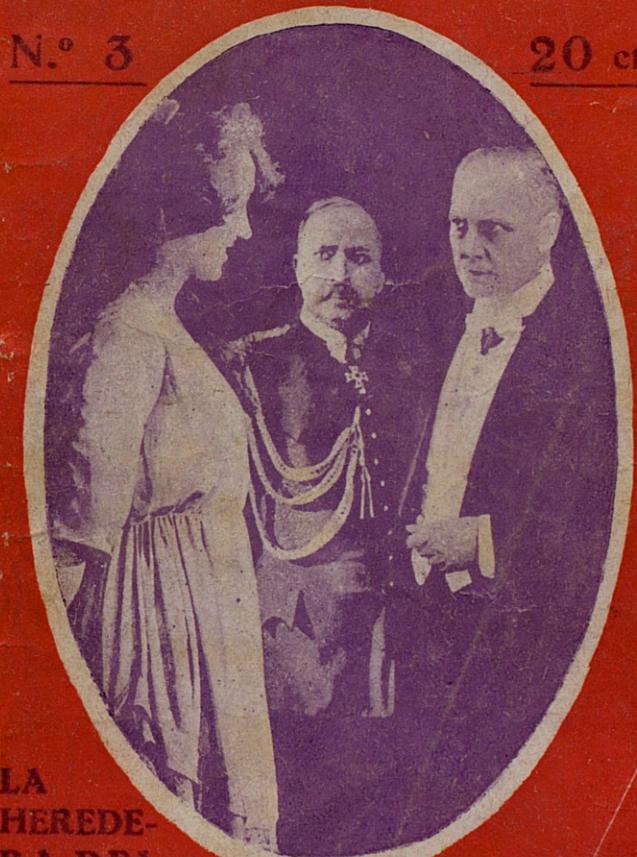


La Novela Cinematográfica

N.º 3

20 cts.



LA
HEREDE-
RA DEL
DUQUE DE TORDIS

por

ICA DE LENKEFFY

La heredera del
Duque de Tordis



LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA

Redacción } Provenza, 244
Administración } Teléfono 1336 A. BARCELONA
Año I Núm. 3

La heredera del Duque de Tordis

Interpretada por: **ICA DE LENKEFFY**

Ediciones: May, de Berlín

Exclusivas TRIAN (Programa aleman)

Consejo de Ciento, 261 - BARCELONA

Ana María ignora las circunstancias de su nacimiento. Se ha criado como hija adoptiva en casa del coronel de Inghofen, rodeada de un lujo verdaderamente oriental.

En aquella casa se dan a menudo grandes fiestas a las que concurren lo más selecto de la capital. Pero si Ana María lo ignora todo es porque la esposa del coronel procura cuidadosamente sustraerla a ciertas conversaciones que tienen lugar en los salones de su casa, pues conviene decir que por la inmensa mayoría de asistentes es sabido que la jó-

vén es hija del duque de Tordis, quien ha asignado al coronel una pensión crecidísima para que a Ana María no le falte nada, y como quiera que el duque les había dicho que de que su hija ignorase los orígenes de su nacimiento dependía el que siguiesen recibiendo la cantidad que les permitía llevar un tren fantástico, lo que no hubiese sido posible con el sueldo que percibía como coronel, ni que decir tiene la especial vigilancia que la coronela había establecido y las precauciones que constantemente tomaba para evitar que Ana María supiese la verdad, o sea que era hija del duque de Tordis, que había seducido a una mujer de pueblo llamada Elena, y después de arrebatarle la recién nacida, la había obligado a desposarse con un zapatero llamado Beutak.

Pero no en vano dice un adagio que «por hondo que esté el fuego sale el humo a la superficie»; así Ana María cierta tarde, sorprendió una conversación entre el duque y el coronel, en el transcurso de la cual dijo el primero al segundo:

—Creedme; estoy encantado de Ana María, en la que veo a una verdadera Tordis... No se me oculta que en buena parte, se debe ello a la esmerada educación que de ustedes

ha recibido. ¡Cómo pagarles, amigos míos, sus desvelos!... Si sólo me pudiese guiar por mis sentimientos, tiempo ha que la habría reconocido como hija. Pero me detiene el respeto a mi madre, que, acaso no me perdonaría nunca mi villana acción. Bien sabe usted con qué severidad son juzgados estos pecados de la juventud por los ancianos, máxime si son nobles.

Tales palabras fueron una revelación para Ana María, quien, si bien cada vez que veía al duque sentía que una fuerza extraña le impelia hacia él, jamás pudo suponer que aquel noble de abolengo fuese el autor de sus días.

* * *

Poco tiempo después la muerte sorprendió repentinamente al duque de Tordis, quien ya había hecho testamento nombrando única heredera de su cuantiosa fortuna a Ana María, que reconocía como hija legítima.

Aguardando la oportunidad de entregar-

lo al notario, guardó el testamento en un cajoncito secreto de su mesa-despacho.

Al enterarse de la muerte, Alberto Brandt, su amigo íntimo para quien la vida del de Tordis jamás tuvo secreto alguno, conocedor como era del origen del nacimiento de Ana María, y suponiendo fundadamente que el duque la habría reconocido y testado a su favor, corrió a buscar el documento que había de salvar el porvenir de la joven.

Pero fué en vano; por más que buscó y rebuscó por cajones y estanterías, no pudo dar con el testamento.

Como quiera que la anciana madre del duque nada sabía de su nieta, con la muerte del de Tordis se creó para Ana María una situación difícil. La esposa del coronel, viendo que la pensión recibida hasta entonces nadie la hacía efectiva, y enterada de que no se había hallado testamento alguno, por lo que cabía suponer que el difunto duque no sólo no había instituido heredera a Ana María, sino que ni siquiera la había reconocido como hija, y no guiándoles a ellos otro móvil que el interés, al ver que nada más podrían sacar de ella, y para evitar la carga que para la casa suponía, se sublevó, y pasando por encima de todas las conveniencias,

hizo presentarse a Elena Bautak y la entregó su hija, pretextando que no podía seguir cuidándose de ella por tener que atender preferentemente a la educación de su hijo Federico.

Pero acostumbrada Ana María a todas las delicadezas y refinamientos de su antigua posición, no pudo transigir con la vida desdichada que le esperaba en la nueva casa, ya que si Elena, al fin como madre, la trataba cariñosamente, su padrastro, hombre ineducado y grosero, si los hay, no tenía para ella consideraciones de ninguna especie.

Y ocurrió lo que forzosamente debía ocurrir. Cierto día en que el soez zapatero la maltrató, Ana María huyó de aquella sombría mansión y refugióse en la de Alberto Brandt, el íntimo amigo de su padre, quien repetidas veces la había ofrecido su apoyo y protección...

Alberto la acogió con alegría y la manifestó que en su casa no encontraría a faltar cuantas comodidades apeteciera, así como tampoco cuanto pudiese contribuir a proporcionarle la felicidad, que para ella bruscamente se había truncado.

Ya sí fué en efecto. Alberto se desvivió para complacer a la joven, lo que motivó

que ésta sintiese vivo afecto por su protector. Este no esperaba otra cosa que conseguir que Ana María se interesase por él, pues pretendía hacerla su amante. Contra la fuerza no hay resistencia, así la joven rehusó al principio la proposición de Alberto, pero acabó por aceder, y arrojóse, llena del deseo de vivir y de olvidar, en brazos de la vida dorada que el hombre de mundo llevaba en la capital.

* * *

El destino quiso que, casualmente, la anciana madre del duque, que continuaba habitando la casa solariega de los Tordis, hallase un día el testamento, por lo que vino en conocimiento de que tenía una nieta.

Y, ioh, misterios del corazón humano! La noble dama que en vida de su hijo jamás le hubiese perdonado su falta, y con toda seguridad nunca hubiese reconocido como nieta a la hija de unos amores culpables, muerto aquél, anheló con todo su corezón la presencia de la joven que la recordaría el hijo querido.

Así, pues, enterada de que su nieta vivía en casa del coronel de Inghofen, su primer cuidado fué mandar a su administrador a buscarla.

¡Con cuánta impaciencia aguardaba el regreso del fiel empleado!

El coronel, al recibir la visita del administrador de la familia Tordis, fué enterado por éste de que el difunto duque había instituido heredera universal a su hija Ana María.

Tal noticia congratulóle en extremo, pues creyó aún posible ver realizada la idea que en su desmedida ambición durante tantos años acariciara: la de poseer la inmensa fortuna de los Tordis, mediante el casamiento de Ana María con su hijo Federico.

Manifestó al enviado de la casa ellana que la joven se hallaba en una finca bastante separada de la casa, y que irían a buscarla, por lo que podría ir a recogerla al día siguiente.

El fiel administrador, que no ignoraba la impaciencia con que su señora la noble dama aguardaba a su nieta, contestó que podían partir inmediatamente en busca de Ana María, pero el astuto coronel replicó que hacer tal, sobre todo yendo acompañado por él, lo estimaba contraproducente, pues la joven ig-

noraba el origen de su nacimiento, y creía
inoportuno comunicárselo bruscamente.

— Preferible será — terminó diciendo — que
vaya mi esposa a buscar a la joven, y ella,
con las precauciones debidas, le irá dando
a conocer poco a poco el misterio de que es-
tá rodeado su nacimiento, comunicándole
empero tan sólo lo que por el momento con-
viene que sepa. Reconozca usted que para
embajadas de índole tan delicada, las muje-
res son más hábiles diplomáticas que nos-
otros...

Regresad, pues, ofreced mis respetos a la
noble madre del difunto duque, y decidla
que mañana tendrá entre sus brazos a su
adorada nieta, la encantadora Ana María...

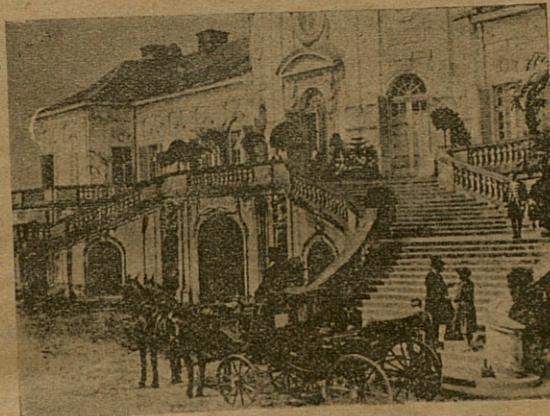
El administrador, convencido por las pa-
labras del coronel, regresó a la mansión se-
ñorial de los Tormis, lamentando empero la
imposibilidad de ofrecer aquel mismo día a
la anciana duquesa el placer de abrazar a su
nieta.

El coronel y su esposa hablaron con gran
detención del nuevo giro que inopinada-
mente habían tomado las cosas, y que ellos re-
putaban sin duda alguna favorable en extre-
mo para sus ambiciones.

Los esposos se habían enterado de que a

los pocos días de estar en casa de sus pa-
dres, Ana María había huído, refugiándose
en casa de Alberto. También sabían que en
la actualidad era la amante del gentilhom-
ber.

Así, pues, sólo había un inconveniente: el
de que Ana María, viviendo una vida de lujo
y orgía, se negase a volver, tanto para ven-



En la casa solariega de los Tordis se celebró una gran recep-
ción con motivo de la venida de Ana María.

garse de la inconsideración que con ella ob-
servaran los que, en realidad, sólo fueron
«padres adoptivos»... de la pensión que asig-
nara el duque Jorge para costear los gastos

que ocasionaba la manutención y educación de su hija, cuanto porque no quisiese trocar su vida alegre e inquieta de ahora, por la sedentaria, por decirlo así, que debería llevar la heredera de un Tordis.

Pero, aquí de la diplomacia.

La esposa del coronel manifestó que no creía que ello constituyese un obstáculo imposible de salvar.

Convinieron en lo que procedía hacer, y el coronel aleccionado por su mujer, y viéndose de engaños, consiguió conducir de nuevo a su casa a la que poco tiempo atrás arrojara de ella despiadadamente.

Hasta entonces había actuado el coronel; ahora le correspondía a su esposa entrar en escena.

Eulalia de Inghofen habló a Ana María... La dijo que su porvenir podía decidirse en definitiva en la ocasión presente; que había de abandonar al gentilhombre, para quien jamás sería sino una amante... que éste la dejaría tan pronto se casase, y que en cambio, viéndose a vivir con su abuela, sería la heredera única de un título noble y de una fortuna inmensa.

La joven vacilaba; temía que un día u otro llegase a oídos de su abuela su vida licencio-

sa, pero Eulalia contestó que ella cuidaría de que tal no sucediese; y así como había conseguido ocultarle durante tantos años el origen de su nacimiento, también sabría salir triunfante en la difícil empresa de que la anciana duquesa ignorase siempre la vida tempestuosa que había llevado Ana María desde que fué echada de aquella casa.

Convencida por fin, Ana María, accedió a ir al castillo de sus mayores.

* * *

En la casa solariega de los Tordis celebróse con grandes festejos la llegada de la heredera.

La anciana duquesa creyó ver en las facciones de su nieta, más que un asombroso parecido, el vivo retrato de su Jorge.

Por su parte, Ana María, que desde los primeros momentos supo corresponder al cariño que la profesaba su abuelita, se desviaba en complacerle en todo. Así, pues, no es extraño que la noble dama bendijese al Altísimo por haberle enviado aquella nieta que sobre ser el consuelo de su ancianidad,

sabía poner un poco de alegría, una nota de color en la vida gris que se vivía en la vetusta mansión.

Ana María era feliz; con su carácter afable había conquistado todos los corazones. Un aristócrata de abolengo, el noble conde Genaro de Heyst, que en vida trató al difunto duque, se enamoró de ella.

Pero a su amor puro, ideal, y por tanto no inspirado en un grosero apetito como el del gentilhombre Alberto, Ana María sólo podía corresponder con su sincera amistad. Y sin embargo, ella también le amaba, pues veía en Gerardo al hombre franco, leal, que sentía por ella un amor sublime, estilizado, pero reconociendo su culpa pretérita, su pasado vergonzoso, a las pretensiones de amor del conde de Heyst, contestaba invariablemente con negativas.

Genaro no desesperaba; le extrañaba sobrmanera la persistencia con que se negaba a acceder a sus pretensiones, circunstancia que contrastaba fuertemente con la sincera amistad y vivas simpatías que por él demostraba sentir Ana María.

Llegó a creer—¿qué no pensará un amante al no ver su pasión correspondida?—que jamás inspiraría a la joven duquesa otro

sentimiento que el de la amistad, ú en todo caso, un amor fraternal, pues Ana María debía amar a otro hombre.

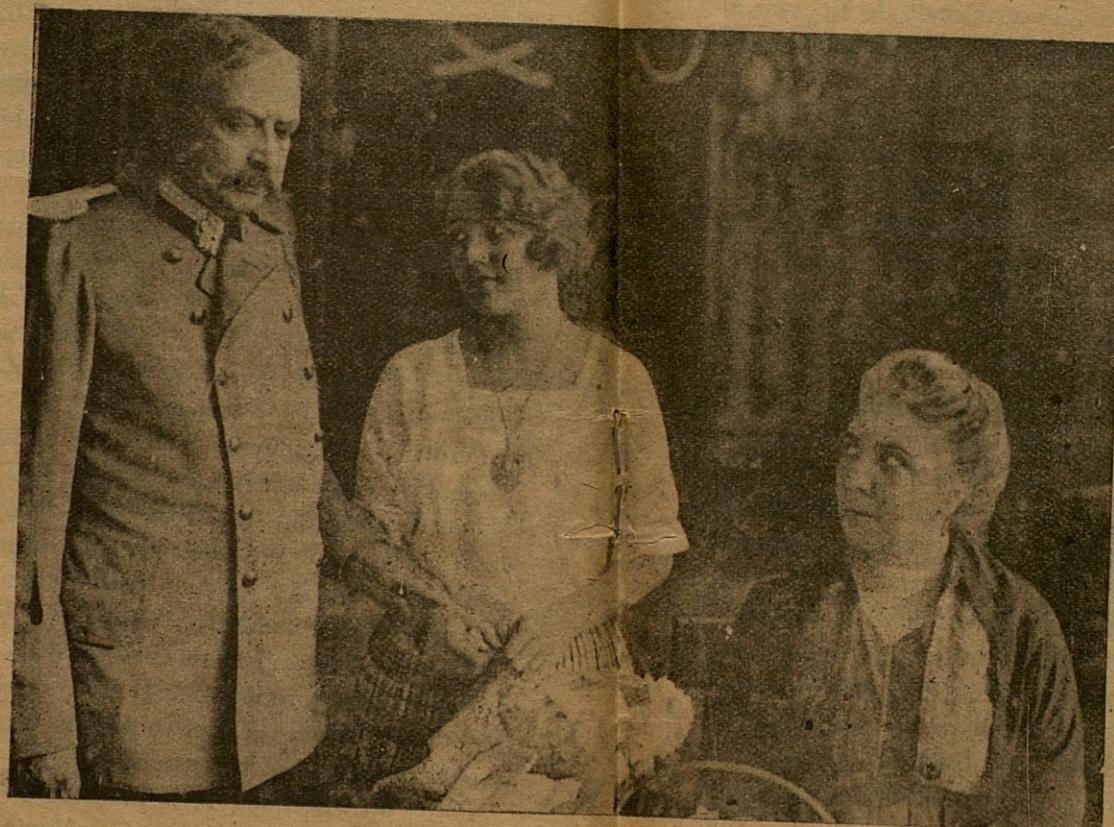
Y entonces, en cuantas reuniones se dieron en el castillo, estuvo presente el joven conde, quien sin que Ana María se diese cuenta de ello, la espió, pero no pudo obtener indicio alguno que le permitiera suponer fueran ciertas sus sospechas.

Entonces redobló sus asiduidades, y paulatinamente fué observando que iban acortando las distancias, pues Ana María, al hallar una excusa digna de crédito, adormecida por el honrado amor de aquel hombre, quiso olvidar el doloroso pasado...

Pero no pudo, pues Alberto de Brandt se presentó inopinadamente en el castillo, y sin guardar el respeto que debe observarse en casa ajena, recordóle que era su amante, que estaba ligada a él mientras en su cuerpo conservase la belleza y la juventud.

Al presentarse Alberto en el castillo, estaban en él el coronel de Inghofen, su esposa Eulalia y su hijo Federico, si bien éste no asistió a escena tan borrascosa.

Pocos días después, la infame mujer que había sabido los amores de Ana María con Gerardo, en aras de su ambición, tejió otra



El Coronel y su esposa viendo que no podrían continuar cobrando la pensión, despidieron de su casa a Ana María

infamia: procurar la ruptura, para ver si así conseguía ver por fin realizada su idea durante tantos años acariciada, la de casar a su hijo con la joven duquesa para apoderarse del título y de los millones.

Y si sus pensamientos no eran malvados —que al fin una madre tiene como deber ineludible velar por el porvenir de su hijo—, sí lo fué el procedimiento seguido para facilitar la consecución de sus propósitos. (

Un anónimo infame, dirigido por ella, puso en antecedentes al conde Genaro de la falsa de su prometida.

El ruín escrito logró el fin inmediato que se proponía la malvada esposa del coronel, ya que el conde, al conocer el pasado de la que él pensaba dar su nombre, despechado, y en un arrebato de celos y locura, renunció a su amor.

Como se ve, alrededor de Ana María se había tejido una infame maquinación.

El gentilhombre había procurado desunir dos corazones; para ello había apelado al escándalo. Y Eulalia de Inghofen, para asegurarse una posición envidiable merced al matrimonio de Federico con Ana María, había cursado un anónimo que motivó la ruptura.

Ambos, esgrimiendo idénticas armas, con

la agravante de que en tanto que Alberto daba la cara, aunque su gesto fuera por todos conceptos, más propios de un rufián que de un caballero, la esposa del coronel herría a traición, con la confianza del asesino que se vale de la oscuridad para que su crimen quede impune.

Y así como la acción de ésta no tuvo otro castigo que el de su conciencia le diera, la villana acción de quien sólo era «gentilhombre» por el título, que no por los hechos, no quedó impune, por cuanto Federico, que después se enteró de lo sucedido, impulsado por su temperamento, y con toda la gallardía de su juventud arrogante y generosa, saliendo en defensa de la que él consideraba como una hermana, pues con ella había pasado las inolvidables horas de la infancia, desafió a Alberto de Brandt.

La conducta de Federico, era por lo que se ve, completamente distinta de la de sus padres; éstos, para conseguir sus propósitos, no vacilaban en cometer una acción villana; él, en cambio, voluntariamente se jugaba la vida para defender a la joven duquesa, víctima de tantas intrigas y de infames maquinaciones.

El duelo se celebró, y Federico resultó he-

rido, si bien sus heridas no alcanzaron tal grado de gravedad que pudiera determinar un peligro para su vida.

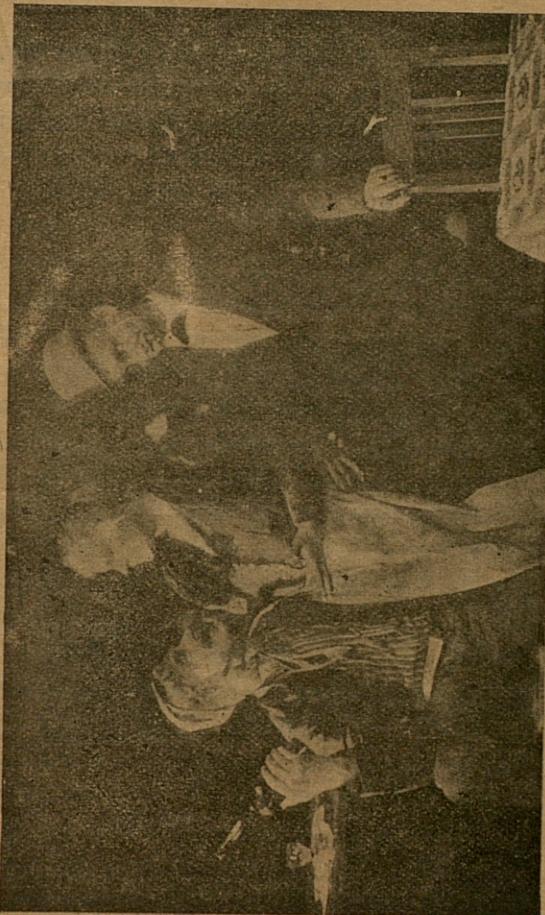
* * *

Y nuevamente Ana María entregóse a la vida licenciosa de antaño.

Al ver descubierta su culpa, al saber que su deshonra había trascendido, dominada por el insensato orgullo de los Tordis, se lanzó a una vida de vértigo, en la que, afortunadamente, su alma, purificada por el amor, no tomaba parte.

Su propósito no era otro que el de conseguir verse rodeada por una aureola de escándalo, para que su prometido, el joven conde de Heyst, no supusiese que se había dejado vencer por la tristeza al verse abandonada por él.

Estimaba que la determinación de Gerardo era injustificada, pues sabiendo como sabía que le amaba tiernamente, había de hacer abstracción absoluta de su pasado... por borrascoso que éste fuese, y al no hacer tal,



Cansada de ser víctima de la brutalidad de su padrastro, huyó de aquella casa

sólo cabía achacarlo a falta de mor, acaso a un prematuro cansancio.

Y con la soberbia tan común en las mujeres, sobre todo en las de la aristocracia, pensó que de aparecer triste y abatida a los ojos del mundo, el conde habría de celebrarlo como un triunfo, y para evitarlo, volvió a su vida de escándalo y orgía, pero siempre en progresión ascendente. Había que aparecer como la mujer perversa, sedienta siempre de placeres; aun a trueque de que su corazón sangrarse, y que en sus ratos de soledad se preguntara qué delito había cometido, para que el destino se mostrase tan cruel con ella.

Genaro estaba convencido de que Ana María no le había olvidado. Se explicaba ahora perfectamente el por qué de la persistencia en sus negativas a corresponder a su amor; la joven trataba de evitar lo que después había ocurrido; que él se enterase de su pasado vergonzoso y la repudiara. Pero precisamente por ello, al ver que la joven por fin había accedido a ser su prometida, no podía dudar de su amor, y, por tanto, forzosamente había de creer que Ana María se había entregado de nuevo a su vida pasada, en busca de olvido.

Y pasando por encima de las convenien-

cias sociales (ya que su familia había de ver siempre con malos ojos sus relaciones con una mujer que había sido amante de otro hombre), arrepentido de su proceder, y amándola más que nunca, y creyendo que su amor la redimía de pasadas culpas y la hacía digna de él, intentó la reconciliación, pero todas sus tentativas resultaron infruc-



Ana María ni aún en las horas de descanso conseguía apartar de sí la imagen del conde Genaro.

tuosas: Ana María parecía tener una voluntad inquebrantable.

¡Situación difícil la de ambos!

El conde de Heyst no era culpable, pues

si en un momento de ofuscación había roto las relaciones, ahora no sólo perdonaba sus pecados a la elegida de su corazón, si que también hacía cuanto le era dable para reconciliarse con ella.

Y en cuanto a Ana María, cierto que por dos veces se había entregado al libertinaje; pero, ¿acaso había sido ella la verdadera culpable?... ¿No había sido víctima de la fatalidad?...

Así, dos corazones que parecían haber nacido para amarse, vivían distanciados.

Entonces fué cuando la anciana duquesa, la adorable viejecita de cabellos níveos, como abuelita, dos veces madre, leyendo claro en el alma de su nieta—fiel imagen de la de su hijo, el difunto duque—fué a buscarla, y la habló dulcemente, con maternal ternura, consigiendo al fin que sus ojos se fijasen de nuevo en el hombre que amaba, y que sus brazos se abriesen para recibirla.

Sus corazones hablaban solo por el amor; así, pues, se perdonaron mutuamente; el denso velo del olvido cayó sobre el pasado, y para ellos se abrió un camino sembrado de flores: el sendero de la Felicidad...

Y dos almas que jamás debieron separarse, vivieron una para la otra, poniendo Ana Ma-

ría con su presencia una nota de color en aquel castillo gris, construído en el ~~me~~dievo.



El joven Federico se sentía unido con Ana María por afectos paternales.

ICA DE LENKEFFY

Ica de Lenkeffy es una maravillosa actriz del teatro mudo. Hungara de nacimiento, por su estupenda belleza, por su arte estilizado y por su elegancia, ha logrado ser una de las actrices predilectas de la cinematografía alemana.

En la película cuyo argumento publicamos en este tomo, Ica de Lenkeffy da cumplidas pruebas de la ductilidad de su arte.

La célebre «estrella» demuestra que el arte mudo no tiene para ella secretos, y que sabe «jugar» a la perfección aquellos «roles» cuya protagonista pasa por diversos estados de ánimo, que contrastan fuertemente entre sí. Y con tanta maestría da vida a la joven aristocrática, que vive en el gran mundo, inocente de cuanto la circunda, como nos maravilla desempeñando el papel de hembra sedienta de placeres, para trocarse después en la prometida del conde para quien guarda en su corazón tesoros de ternura.

Y así, en bruscas transiciones, pasando de un estado de ánimo a otro, que, por decirlo así es el antípoda del anterior, nos demuestra las diversas facetas de su arte.

Ica de Lenkeffy está llamada a ser una de las más resplandecientes estrellas de la constelación del film.

Prohibida la reproducción
sin mencionar la procedencia

Edito i i ESMANDIA - Provenza, 244-BARCELONA

La semana
próxima pu-
blicaremos el
argumento de
la sensacional
novela cine-
matográfica
en dos jorna-
das, titulada

**La atracción
de la muerte**

Próximamente :

LA
MUJER Y
LA MODA

Interesantísimo pe-
riódico de modas



Editorial ESMANDIA
Plaza de Cervantes núm. 244